

*IMPORTANCIA SOCIAL DE LAS TENDENCIAS
CONTEMPORANEAS DE LA TEORIA ECONOMICA*

ERICH ROLL

EL relato de la conexión entre la filosofía política y la economía contiene muchas vueltas y revueltas curiosas, supervivencias anacrónicas y anticipaciones sorprendentes. Pero no hay nada más asombroso que el contraste entre las preocupaciones habituales de los economistas y sus creencias metodológicas tácitas. Durante la pasada guerra y hoy, la investigación económica ha ido inevitablemente unida a problemas de gobierno. Pero el grueso del trabajo de los economistas—aun durante las dos décadas que siguieron al armisticio—ha estado ligado íntimamente a problemas de política. No sólo ha aumentado mucho la actividad en el campo del empirismo y de la práctica, sino que incluso el análisis estrictamente teórico tiene una marcada tendencia “pragmática”. Es probable que los tres puntos más destacados de las discusiones teóricas de los últimos años sean los problemas de crisis, monopolio y planeación. Aun cuando se discuten en los términos más abstractos, los tres tienen una evidente “tendencia práctica”, es decir, apuntan hacia la aplicación de medidas de control por el gobierno u otras instituciones sociales.

Así, a juzgar por su elección de tópicos, los economistas parecen haber abandonado toda creencia implícita e ilimitada en las virtudes del *laisser-faire*, e incluso, hasta cierto punto, en el sistema capitalista. Sin embargo, aún parece vagar por sus mentes un respeto hereditario, si no por la “mano oculta” de que hablaba Smith, al menos por el llamado fundamento económico del *laisser-faire*, tal como lo expu-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

sieron representantes de la primera etapa de la económica moderna, como William Stanley Jevons, Philis Wicksteed y J. B. Clark. Es verdad que sólo quedan algunos baluartes que hagan una resistencia encarnizada en favor de esta tesis. Pero muchos de los economistas menos intransigentes parecen seguir adhiriéndose aún a ella cuando se les pide explícitamente que la discutan.

El objeto del presente trabajo es poner de manifiesto que este contraste desagradable entre la labor diaria del economista y su filosofía política básica ha llegado a ser del todo insostenible debido a los desarrollos teóricos recientes, y que se necesita con urgencia un nuevo examen de fondo de todo el problema. Puede parecer que la urgencia es menos apremiante en el continente americano, donde, gracias en parte a la gran influencia de los primeros institucionalistas, la labor diaria de los economistas durante los últimos años ha marchado alegremente sin estar enturbiada por la leve sombra del pensamiento metodológico. Sin embargo, en Inglaterra, la conexión entre la teoría política y social y la economía política clásica ha dejado una huella perdurable. Aún siguen discutiéndose de tiempo en tiempo los problemas de método y ya empiezan a comprenderse vagamente las grandes implicaciones de algunas obras teóricas recientes.

2. Puede parecer perogrullesco recalcar la existencia de una tradición liberal en la económica. Sin duda, no habrá dificultad en admitir la proposición de que la economía política clásica nació de la filosofía liberal. El desarrollo del pensamiento económico en Inglaterra durante los dos siglos

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

que preceden a la aparición de los *Principles* de Ricardo muestra una conexión intelectual, y aún personal, extraordinariamente estrecha con el desarrollo de la teoría social liberal. Y también en la fisiocracia francesa el orden natural y el *tableau économique* forman conceptualmente un bloque único. En la esfera económica, las protestas contra la mezquindad y perversidad del sistema colonial y los demás actos de intervención del Estado eran equivalentes a la lucha general contra los privilegios legales.

En los precursores de los clásicos los elementos políticos del razonamiento económico tienen un carácter metafísico obvio. Pero ya en Adam Smith no parece haber mucho más de una aceptación de labios afuera del carácter providencial del orden natural. Este fundamento social del *laisser-faire* se apuntala con categorías sacadas del mecanismo social mismo. La mano invisible se identifica de más en más con el funcionamiento de un mercado donde reina la competencia y no estorbado por intervenciones autoritarias. Ya no se cree axiomática la armonía natural de los intereses de todas las clases sociales. La afirmación va acompañada por el análisis económico. Y aún cuando se supone la existencia de intereses divergentes se demuestra que ello sólo es aparente, como sucede en la discusión de Ricardo de los efectos favorables de la acumulación continua de capital sobre el nivel de vida de los obreros.

Ante la multitud de problemas ineludibles planteados por el primitivo capitalismo industrial, se hacía a todas luces cada vez menos posible seguir basando en postulados metafísicos la creencia en la armonía natural. Y el tratamiento más científico, es decir, más positivo, del *laisser-faire*

EL TRIMESTRE ECONOMICO

representaba una retirada hacia posiciones más fáciles de defender, y creó la posibilidad de que se hicieran las siguientes preguntas: “¿Qué clase de relación resultará de la libertad de negociación de los miembros individuales de la sociedad?” Y la respuesta tradicional comprendía dos proposiciones, de las cuales la primera era que el sistema económico se ajustaba por sí mismo. Se aseguraba que la libre negociación de los individuos tendería a crear relaciones estables. Pero supuesta la existencia de la igualdad individual completa, política y legal, se seguía otra conclusión más. La posición de equilibrio a que tendía siempre el sistema económico era, en un sentido importante, socialmente deseable. Representaba una distribución relativamente óptima de los recursos de la comunidad, pues, por definición, nadie tendría ningún aliciente para apartarse de ella. Digo “relativamente óptima”, pues se ha de admitir que entre los clásicos había quienes reconocían y confesaban que los resultados del *laissez-faire* no eran en modo alguno siempre éticamente irreprochables. Pero afirmaban que el capitalismo libre y a base de competencia estaba destinado a destruir aquellas posiciones de privilegio (incluso las desigualdades en la distribución de la riqueza) heredadas del pasado, donde no existía libertad legal e igualdad completas. Así, con el tiempo, el equilibrio del mercado competitivo llegaría a ser idéntico al verdadero óptimo social.

3. Las dos respuestas no eran por necesidad inseparables lógicamente; pero, en realidad, durante más de un siglo, la una tendió a llevar tras de sí a la otra, a pesar de los muchos ataques dirigidos contra toda la fortaleza del *laisser-*

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

faire. La economía política clásica, es decir, liberal, consiguió sobrevivir a la embestida de la reacción conservadora de Malthus y el romanticismo político. Se vió en mayores aprietos ante los ataques críticos de las diferentes escuelas socialistas, utópica, ricardiana y marxista. Pero la tenacidad de la doctrina se pone de manifiesto en su habilidad para maniobrar con éxito ante desafíos críticos y para adaptarse a los diferentes ambientes, como demuestran el compromiso de Mill, el de Marshall, y el del socialismo de cátedra en Alemania, y la curiosa interpretación proteccionista que tiene la economía clásica en manos de List y Carey.

Durante los últimos ciento cincuenta años se han añadido al argumento clásico en pro de la banca central y a la breve lista de Adam Smith (encabezada por la defensa nacional), muchas excepciones al mandato del *laisser-faire*. Pero ya se trataba de la reglamentación del trabajo de mujeres y niños, o de monopolios naturales, o de las molestias ocasionadas por el humo, la admisibilidad de la intervención se seguía considerando como excepcional, como una excepción a la regla general que suponía el sacrificio de riqueza para la satisfacción de alguna otra finalidad no económica. En todos estos casos eran tan patentes los mediocres resultados del *laisser-faire*, estaban en contradicción tan flagrante con ideas muy difundidas (y con su manifestación práctica, económica y política), que los economistas no podían ignorarlo sin perder contacto con la realidad, y quizá toda su influencia sobre ella. Pero persistió la fe general en los beneficios del *laisser-faire* y en el sistema económico existente. Hasta este siglo, el cordón umbilical que unía la econo-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

mía a su madre político-filosófica seguía intacto, aunque algo debilitado.

4. A mi modo de ver los desarrollos teóricos de las últimas décadas han cortado este cordón umbilical. Una de las ironías de la historia de las ideas es que los cambios introducidos para apuntalar temporalmente una posición concreta terminen por ayudar a debilitarla más. El abandono de la armonía providencial para introducir el concepto científicamente más defendible de equilibrio (que se hallaba presente, aunque sin ese nombre, en toda la economía clásica) trajo como resultado la necesidad de un análisis más riguroso de diferentes situaciones posibles de mercado. Ya en la cuarta década del siglo XIX vemos en la obra de Cournot las consecuencias de este desarrollo. Y la economía neutral que empezó con él, no sólo había de experimentar una mejora formidable en las obras posteriores de Pareto, sino que de ella se deduciría, con la teoría del "oligopolio", una consecuencia aún más devastadora para la económica del *laisser-faire*.

En mi opinión hay dos tendencias modernas, sobre todo, que han derruido los últimos remanentes de lo que acostumbraba a considerarse como la justificación teórico-económica del *laisser-faire* y del capitalismo. Son éstas, la teoría del monopolio y competencia imperfecta y la teoría de las crisis. Es curioso que se haya de recurrir más bien a la teoría que al mundo real para poner de manifiesto que existen pocos motivos para creer que el sistema económico se ajuste por sí mismo, o que cualquier equilibrio que pueda lograr implique un óptimo social. El teórico no se convence-

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

rá con la realidad de los años de crisis y desocupación y las prácticas de los monopolistas; aún puede considerarlos como consecuencias de absurdas o perversas prácticas de los gobiernos. Pero los resultados estrictamente teóricos son más convincentes.

La teoría del oligopolio sigue aún indecisa entre el resultado de Cournot de equilibrio determinado y la conclusión Bertrand-Edgeworth de la indeterminabilidad. Pero el saldo de las opiniones es hoy favorable a esta última. En todo caso los supuestos que se ven obligados a hacer quienes llegan a la conclusión del equilibrio determinado son de tal naturaleza que el equilibrio oligopolista resulta ser de carácter totalmente distinto del de la competencia clásica. Es significativo que uno de los continuadores modernos de Cournot—el Dr. Schneider—se vea obligado a hablar de la conducta *wirtschaftsfriedliche* de sus oligopolistas; y los acuerdos expresos y tácitos entre éstos, a que han recurrido otros que creen en la posibilidad del equilibrio determinado, deben considerarse sólo como expedientes transitorios, por tratarse de cambios en la situación del mercado mismo. La teoría de la competencia imperfecta propiamente dicha, que se ha construido partiendo del análisis marshalliano de los rendimientos y de la firma representativa, tiene distintas implicaciones. No pretende mostrar la inestabilidad del mercado. En verdad, ha analizado los medios de conseguir el equilibrio cuando hay economías internas derivadas de la escala de producción y, por consiguiente, no puede conservarse la competencia perfecta. Cuando Sraffa demostró que el establecimiento de un equilibrio de competencia imperfecta (que, en realidad, era típico de una gran parte de nuestra

EL TRIMESTRE ECONOMICO

economía) implicaba una tendencia al alza de precios y a la baja de la producción, echó por tierra las implicaciones de “óptimo” del concepto de equilibrio.

Bien pudiera ser que una gran parte de la superestructura teórica que más tarde se ha levantado sobre la base sentada por Sraffa sea algo endeble. La comparación detallada de la producción competidora, monopolística e imperfectamente competidora, puede carecer de realidad; y los críticos socialistas de la teoría económica tradicional no tendrán mucho interés en adoptar las supuestas pruebas de que se dispone desde hace poco para demostrar las condiciones en que se explota a los obreros. Pero cuando se toma la teoría de la competencia imperfecta junto con la del oligopolio se ve con claridad que ha abierto una gran brecha entre las dos creencias tradicionales respecto a nuestro sistema económico. Aún si no aceptamos todos los detalles del análisis, difícilmente podemos seguir creyendo—pese al profesor Hutt—en la idea de la “soberanía del consumidor” como condición existente o fácil de realizar.

Hemos de reconciliarnos con el hecho de que todo lo que la teoría del mercado enseña es que en grandes sectores de los negocios de hoy en día podemos esperar períodos alternativos de competencias a muerte, acuerdos expresos o tácitos entre oligopolistas y el uso de marcas registradas y la publicidad con el fin de establecer un equilibrio de competencia imperfecta. La duración de cada una de estas situaciones y los campos en que dominan dependerán de la naturaleza de la industria, cambios técnicos, cíclicos y otros, en las condiciones generales de los negocios, así como de circunstancias totalmente fortuitas tales como factores personales. Por lo

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

menos hay mucha distancia entre este cuadro de la realidad económica y aquel en que descansan nuestras formas tradicionales de pensar.

El estudio de las crisis ha abierto brechas aún mayores entre los dos conceptos gemelos del auto-ajuste y del logro automático de un óptimo económico-social. Es difícilísimo incluir en una teoría del equilibrio el fenómeno de las crisis. Los clásicos no sabían qué hacer con él, si bien empezó a asomar su fea cabeza en los días de Ricardo e influyó en la prolongada controversia sobre los efectos de la acumulación de capital. Debido en parte a la presión de los acontecimientos en el mundo real y en parte a las necesidades inmanentes de la teoría, los economistas modernos han tenido que prestar cada vez mayor atención a estas convulsiones periódicas y de más en más graves del sistema económico. Y puede decirse sin temor a exagerar que toda teoría de las crisis opera con conceptos básicos que conducen directamente a políticas de control de una u otra clase. La gran mayoría de los teóricos, aún los más liberales, partidarios de la explicación monetaria, de exceso de inversiones o de exceso de inversiones monetarias, si es que se interesan en absoluto por medidas para remediarlas, se ven obligados a abogar políticas que van mucho más allá de la aceptación clásica del control monetario central.

Las divergencias más profundas respecto del *laisser-faire* se encuentran en el análisis de la crisis hecho por Mr. Keynes y su escuela. El camino seguido por Mr. Keynes, desde el *Tract on Monetary Reform* hasta la *General Theory*, ha llevado a una creencia cada vez más firme en la necesidad de controlar el proceso económico. Y su temprano abandono

EL TRIMESTRE ECONOMICO

de la tradición del *laissez-faire* hubiera sido obvia incluso si no lo hubiera confesado explícitamente hace muchos años en *The end of laissez-faire*.

No me propongo examinar con detalle la *General Theory*. Cualquiera que sea la opinión que se pueda tener sobre la certeza de cada parte del análisis de Mr. Keynes, su resultado general es el de demostrar la posibilidad de que nuestro sistema económico alcance, al menos temporalmente, posiciones de equilibrio en que haya un volumen considerable de desocupación de recursos humanos y materiales—una posibilidad que, después de todo, ha sido una realidad durante la última década. Mr. Keynes ha llegado más lejos y ha intentado demostrar (cosa que ha sido aún más debatida por sus adversarios) que en el curso de su desarrollo nuestro sistema económico tiene una tendencia a que le sea cada vez más difícil lograr un equilibrio con empleo total y un dividendo nacional máximo. Estas opiniones no han encontrado, ni mucho menos, aceptación general; pero su influencia ha sido considerable. Como los economistas teóricos viven en un mundo de ideas, han proporcionado un fermento que ha producido mayores perturbaciones que las catástrofes del mundo real. Se ha afectado todo el tono de las discusiones teóricas; y, a mi modo de ver, el uso de conceptos tales como el multiplicador, el principio de la aceleración, estabilizadores y desestabilizadores, pone de manifiesto un abandono tácito de la idea del auto-ajuste y sus consecuencias en el campo de la política. Podrían añadirse otras muchas consecuencias teóricas de menor importancia. Los afiancimientos de la teoría moderna de la competencia y monopolio han ayudado a poner de manifiesto la ilegitimidad de

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

conclusiones políticas sacadas de la teoría del comercio internacional y la debilidad de la aceptación sin calificaciones de la tesis en pro del libre comercio entre las naciones. Bajo el peso de las necesidades de tiempos de guerra se usan teoremas relativos a la conducta monopolista en el comercio internacional para fijar máximas de políticas comercial y de cambios. Y se puede predecir sin temor a equivocarse que, independientemente de las condiciones reales que puedan prevalecer después de la guerra, la teoría del comercio internacional no recobrará nunca su tradicional afinidad con el *laisser-faire*.

Creo que estos desarrollos deben agradecerse si ayudan a quitar de en medio los últimos remanentes de la creencia de que la teoría económica puede demostrar las ventajas de una política de *laisser-faire* o aún del mismo sistema capitalista. La unión tradicional de la teoría económica con una teoría política concreta ha sido causa de infinidad de confusiones y males. Es un desarrollo muy saludable que hace más difícil a los economistas pretender que la económica moderna demuestra las falacias de los conceptos de producción, ingreso o riqueza totales y, al mismo tiempo, condenar las políticas proteccionistas o de ayuda a la agricultura basándose en que implican el sacrificio de la finalidad de conseguir un máximo de riqueza. Pero si bien estos desarrollos conducen a una mayor higiene intelectual entre los economistas, no carecen de peligro. Plantean de nuevo el problema de la relación entre la económica y la teoría política.

5. La reacción más obvia al planteamiento de este nuevo problema es contestar: dejad que la económica sea inde-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

pendiente; dejadla que proclame abiertamente su neutralidad respecto de las metas de la actividad humana, ya que no le compete pronunciarse sobre ellas. Esta actitud, que ya expuso a principios del siglo Max Weber, fué presentada al mundo de habla inglesa cuando el profesor Robbins publicó su *Essay on the Nature and Significance of Economic Science*. La conmoción de ideas que produjo fué muy grande, debido posiblemente a la ocurrencia simultánea de la gran crisis. Es curioso que este manifiesto de positivismo económico y neutralidad política haya venido de lo que desde entonces resultó ser el último baluarte del *laisser-faire*. Y me dan tentaciones de bautizar la escuela de pensamiento que luego ha surgido en torno a estas ideas con el nombre de “económica esquizofrénica”. Pide al economista que divida su personalidad. En discusiones metodológicas, el economista debe conservar la nivea castidad del positivismo. Se nos dice que “en torno al concepto de equilibrio no existe una penumbra de aprobación”. Debemos abstenernos de decir que el *laisser-faire* proporciona el máximo de libertad de elección y logra una distribución óptima de los recursos. Estas serían afirmaciones que contienen implicaciones normativas. Por lo visto, lo único que se nos permite decir es que cuando no exista intromisión con la negociación individual la libertad de los individuos para negociar no estará restringida. Y a esta afirmación reveladora se nos permite añadir que nosotros, los economistas, podemos construir situaciones hipotéticas en que la libertad de negociación conduzca a relaciones estables. Hablar de política es hablar como ciudadanos, no como economistas. No es culpa de éstos que el público sufra la alucinación de que el economista tiene algo

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

sensato que decir, debido sólo a que es economista. Adviértase también que tampoco se puede remediar que el público general tenga mayor respeto por las opiniones del economista, como consecuencia de haberse dado cuenta de una manera vaga de que los métodos de análisis económico han llegado a ser más refinados y esotéricos. Por ello, recordemos que quien condena las regulaciones de mercados, la tributación redistributiva y la rigidez de los salarios, no es el distinguido economista "X", sino simplemente el ciudadano "X".

Lo que hasta aquí hemos visto de la forma en que se han puesto en práctica estas ideas no anima a creer que este sea el camino que conduce a la salvación del economista. Esta escuela de pensamiento nos lleva invariablemente a compromisos no menos desagradables que aquellos que pretende evitar. Pocos economistas serán lo bastante constantes y magnánimos para continuar repitiendo cada vez que se pronuncian sobre problemas diarios que "desde luego, la económica no puede proporcionar una respuesta precisa sobre ésto, pero yo personalmente creo tal y cual; y como no hay uniformidad de fines, mi opinión es, a fin de cuentas, poco mejor que la de ustedes". Existe una tentación evidente de identificar alguna construcción hipotética de teoría económica con una condición existente o deseada de la realidad y hacer el mismo juego de manos de que tan a menudo fueron culpables nuestros antecesores que creían en el orden natural. En verdad, la historia de quienes han tenido mayor interés en predicar esta separación entre la teoría y la práctica no se compagina con sus elevados ideales.

Una segunda escuela de pensamiento representa una evo-

lución más lógica de la primera. Aquí la neutralidad se lleva a su última conclusión lógica y una franqueza que desarma respecto al estado atrasado de su ciencia llega a ser el principal medio de defensa del economista en los casos en que las exigencias de la realidad resultan demasiado apremiantes. Se arguye que el economista sólo se ocupa del análisis de lo que es. Es ésta una labor a todas luces difícil, y se le debe excusar el estudio de lo que debe ser. Algunos dicen que los fines de la actividad humana son demasiado numerosos para que se puedan tratar de una manera precisa, científica. Suponen juicios de valor; y como es inevitable que se comprendan mal los juicios emitidos por el economista, por mucho que afirme que habla sobre todo en tanto que ciudadano, lo mejor que puede hacer es callarse. Que cultive su huerta de coles teóricas y se abstenga de inmiscuirse en el mundo de los negocios.

La escuela matemática de teoría económica parece ser la que se acerca más a este criterio. La evolución intelectual de Pareto constituye un ejemplo interesante del progreso de esta actitud, así como de los peligros que entraña. La primitiva posición teórica de Pareto no difería mucho de la de la primera generación de marginalistas. Su marginalismo no tuvo nunca la misma fuerte inclinación psicológica y utilitaria que el de Jevons. Y su recurso de cambiar el término utilidad por el de *ofelinidad* demuestra que se daba cuenta de la existencia de un problema. Pero el concepto se usaba aún en un sentido cardinal. Y de ahí se seguía que las llamadas pruebas económicas del *laisser-faire* podían deducirse de proposiciones que utilizaban el concepto. Igualmente, la justificación económica de Pareto del *laisser-faire* no fué nunca tan

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

intransigente como la de Jevons o la de J. B. Clark; pero sin embargo se encuentra todavía en sus primeros escritos.

Su obra subsiguiente muestra dos desarrollos íntimamente relacionados. En primer lugar, se altera sustancialmente la cualidad del análisis de la utilidad marginal. La teoría adquiere un parecido más estrecho con la de Menger y llega a ser una derivación más directa de la obra de Cournot; se introduce el concepto ordinal de utilidad; y eventualmente se desarrolla el análisis de la curva de indiferencia. Paralelo a este cambio analítico se encuentra una desviación tajante respecto del *laisser-faire*. El *Manual* contiene referencias explícitas a la posibilidad de demostrar, con los medios de que dispone la economía teórica, que un sistema económico, o de política económica, es superior a otro.

Los refinamientos más modernos de la economía matemática y de las teorías influidas por la Escuela de Losana no han servido sino para reforzar el punto de vista positivo y neutral, si bien no todos sus partidarios han sacado las conclusiones políticas con tanta consistencia como Pareto mismo. Pero la evolución mental de este último y de algunos otros economistas matemáticos recientes, sugiere que la naturaleza humana del economista huye del vacío que querría crear esa escuela. Pareto mismo, una vez alcanzadas las conclusiones del *Manual*, pasa a exhibir una amalgama voluminosa de las ideas psicológicas, políticas y sociales más diversas, que ha hecho que se le considere como uno de los precursores espirituales del fascismo moderno. Algunos otros economistas matemáticos han seguido por el mismo camino y utilizado los resultados inestables de la teoría de las crisis y de la del monopolio para justificar la política del estado fascista.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Ni el dualismo a medias de los continuadores de Max Weber, ni la neutralidad manifiestamente inadmisibile de los matemáticos, pueden ser satisfactorios en última instancia. Por lo tanto, muchos economistas de hoy parecen buscar ansiosamente un tercer sucedáneo de la cómoda integración de la económica y la teoría política que se encuentra en el siglo XIX. Nadie ha intentado aún, que yo sepa, explicar de una manera cabal cuál debería ser ese sucedáneo, aunque en la *General Theory* de Mr. Keynes se encuentran atisbos de ello. Pero se puede discernir un grupo de economistas que sostienen opiniones diferentes en cuanto a detalles y que parecen tener en común la desaprobación consciente del *laissez-faire*. Han estado influidos por los recientes trabajos sobre las teorías del monopolio y de las crisis, sobre todo la obra de los escritores suecos; y muchos de ellos se agrupan en derredor de Mr. Keynes. Comprende ese grupo a aquellos que están dispuestos a recomendar sólo medidas poco enérgicas para remediar las depresiones y controlar las fluctuaciones cíclicas, así como a otros que no tienen inconveniente en proponer medidas destinadas a establecer un control social amplio.

A mi modo de ver, su posición metodológica puede resumirse en los siguientes términos: existen ciertos objetivos económicos sobre los que es posible lograr un acuerdo bastante general. La consecución del empleo total, la superación de las fluctuaciones violentas en la actividad económica, el establecimiento de un grado mayor de igualdad económica; puede afirmarse que todas estas finalidades conseguirían la aprobación de la gran mayoría de la comunidad. El economista debería poder enseñar cómo se pueden alcan-

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

zar esas metas. Para conseguir la máxima eficiencia resultante de la división del trabajo se puede utilizar a los teóricos puros así como a “ingenieros economistas”. Pero la finalidad perseguida sería la misma.

Todos los que componen el complejo grupo de economistas que pueden clasificarse dentro de esta escuela, participan, al menos tácitamente, de la misma fe en el gran poder del razonamiento aplicado al mecanismo económico—y para manipularlo—que siempre ha defendido abiertamente Mr. Keynes. “Esperad un poco más”, acostumbraba decir en los años que siguieron a la gran crisis, “los economistas estamos sobre la pista de la solución. Y cuando la hayamos alcanzado convenceremos a quienes están en el poder de su exactitud, y todos nuestros males económicos habrán terminado”. En la *General Theory* se afirma haber dado con la solución. Se diagnostica el mal y se prescribe el remedio. De entre sus partidarios salen voces preguntando si lo que ha obstruido el camino que conduce al milenio económico no son los intereses creados más que las ideas falsas. La opinión predominante del grupo también puede describirse con las palabras que usó Mr. Keynes en 1931, “... el problema de la necesidad y la pobreza y la lucha económica entre clases y naciones sólo es un embrollo gigantesco, un embrollo transitorio e innecesario”.

Dentro y fuera de las filas de los economistas, la base del pensamiento de algunos críticos de la económica moderna está formada por una creencia welllsiana del mismo tipo en la eficacia de la “conspiración abierta”. Esta lleva al frecuente alegato en pro de un mayor realismo en la económica y a ataques contra la especulación abstracta, tales como

EL TRIMESTRE ECONOMICO

los hechos por Mrs. Wootton y Mr. Hogben. En Inglaterra se ha acostumbrado a identificar con los movimientos políticamente progresistas a los economistas que han hecho hincapié en la opinión de que las implicaciones normativas de la económica son ineludibles y que es mejor enfrentarse con ellas abiertamente. Y en Estados Unidos, la popularidad de las ideas keynesianas en ciertos círculos partidarios del *New Deal* muestra que este movimiento representa una tendencia clara del pensamiento económico.

El poder magnético de esta clase de ideas proviene del atractivo que tiene para dos sentimientos muy generalizados, al menos entre los economistas más jóvenes: lástima por las víctimas de los males económicos, y el deseo de ser de alguna utilidad en el mundo de los negocios. Estos sentimientos laudables conducirán a veces a los economistas a idear "artificios" y a exagerar la importancia de las posibilidades de determinadas formas de intervención estatal. Los que desean ser más científicos habrán de procurar resolver los problemas metodológicos de su posición. Pero sólo conozco un intento de poca monta en ese sentido: las breves indicaciones que se encuentran al final del estudio hecho por Mr. Myrdal sobre los elementos políticos de la formación de la doctrina económica.

Aún no me he convencido de que pueda sentarse satisfactoriamente esa base metodológica para una económica normativa o una tecnología económica. No pretendo menospreciar las medidas paliativas de política económica que han ideado los economistas que piensan de la manera que he descrito, con muchos de los cuales estoy de acuerdo. Pero creo que existe un gran peligro cuando se intenta construir

TEORIA ECONOMICA: IMPORTANCIA SOCIAL

un sistema consistente a base de estas medidas aisladas. La mayor debilidad de esta escuela en embrión es el no haber conseguido analizar la cualidad del interventor, es decir, del estado, al que tiene que recurrir para el establecimiento de controles. Sin una teoría del estado no se pueden obtener sino resultados utópicos; y en todos los escritos de esta escuela, sobre todo en los de Mr. Keynes, está patente una teoría política romántica e idealista. Para evitar que sus bienintencionados procedimientos se desvíen hacia fines que muchos de esos autores afirman rechazar, se exige una integración completa de la teoría económica con la política.

He pretendido más bien poner al descubierto la existencia de un problema que ofrecer una solución. Pero para concluir puedo dejar sentada mi opinión de que ésta se podrá conseguir abordando el problema por el lado histórico. Una fusión del pensamiento económico con una teoría de la sociedad y del estado sólo se puede lograr a través de un estudio histórico del proceso de la evolución social. Esto no significaría una innovación en nuestros métodos. Sería una vuelta a la forma de abordar el problema de algunos de los mayores pensadores de nuestra especialidad, de escritores que tienen una visión tan diferente de las cosas como Stewart, Turgot, Smith, Jones y Marx, un método que por desgracia han abandonado durante los últimos cien años el núcleo principal de los economistas académicos. Lo único que puede procurarnos una muralla contra la invasión de nuestra disciplina por charlatanes y demagogos es una interpretación de la historia.